



Liegué al pueblo con antelación, lo que me permitió mirar, relativamente cerca, sobre el enhiesto torreón de Despeñaperros, resto del que fuera el castillo de Priego, una estructura de unos 12 metros de alto, al lado del Escabas, que abre sus aguas por otoñal chopera a los pies de la vida de los prienses.

Hacia aire y frío. También cierta melancolía por la fecha, el segundo domingo de octubre y flotaba en el ambiente la falta, por su delicada recuperación de quien tiene, seguro ya, un lugar en los corazones de mis paisanos, el párroco Eusebio. Dentro del templo se estaba mejor que fuera. La imagen chiquita de la Virgen, apenas 12 cms., ya se encontraba instalada en su urna situada en la carroza que la iba a trasladar por las calles.

"La Salve cantada a la Patrona la noche anterior fue muy emocionante, llena de fuerza y matices, muy hermosa... Tenías que haber venido ayer...", eran las frases de salutación de quienes me conocen, y saben de mis que-rencias.

El amplio espacio del interior de la iglesia dedicada a San Nicolás de Bari se fue llenando. Brillaban los retablos de sus tres naves. Y el Coro Parroquial anunciaba el comienzo de la Misa, interpretando temas de una Misa de Pastorela de Sagastizabal.

La ceremonia religiosa acababa con el canto del Himno a la Virgen de la Torre, en la voz de los asistentes. Desde arriba, desde el Coro, los sonidos se expandían por el amplio espacio del templo. Allí pude conocer en las

palabras de Salvador Parra, organista y estudioso sobre todo lo que hace referencia a nuestro pueblo, como el himno se hizo con música del Padre Alcaccer, un reconocido musicólogo, y que le pondría la letra el canónigo Pedro Cruz. Dicho queda.

Con la carroza de la Virgen puesta en marcha, se vivieron los primeros momentos intensos de la jornada a su salida, donde los niños más pequeños fueron subidos inmediatamente a la carroza. "Es como un modo de ofrecimiento familiar el ponerlos bajo el amparo de nuestra Patrona", me comentaba Mariluz. El recorrido se hizo con un número no señalado de paradas, siempre a golpe de campanilla, para que a los pequeños se les pudiera bajar y en su lugar poner a otros, todo ello dejando, si esa era la voluntad familiar, unas monedas en la caja de recogida.

Acabado el paseo procesional, repito muy propio de las gentes de Priego, una rápida y costumbrista subasta permitiría a los ganadores el pasar la imagen querida al interior del templo parroquial.

"Los niños que han subido a la carroza, encantados, por poder disfrutar de la cercanía a la Virgen, y también por el singular transporte recibido, y que a algunos les ha parecido muy corto..." Y a otros, por sus lloros, poco relajado. Seguro.

Este domingo 18 de noviembre, en lo que se conoce como la octava de la fiesta, se reproducirá este caminar festivo y fervoroso de los pequeños prienses por las calles de la localidad. ■

